

En su expresión se adivinaba, sin emitir quejidos, cómo el dolor a causa de moretones en las piernas y la espalda, le impedían moverse.

—Ahora debes reposar, porque lo necesitas, y más tarde si estás de ánimo, me cuentas quien eres. ¿De acuerdo?

Javier se dirigió al cobertizo, donde permanecía la cabra amarrada a una pértiga. Le puso agua en un pocillo de latón y le arrimó heno. “Choque, ¿sabes? Nos ha llegado compañía esta mañana, entonces, debes dar mejor leche. ¿De acuerdo?” le habló, en tanto le golpeaba el lomo.

Al regresar a la pieza, la mujer le mostró el tobillo donde tenía una herida que por su expresión le dolía, sin embargo, no hablaba. Se valía de gestos y Javier aceptaba el porfiado silencio. Si ella pretendía privilegiarlo, él debía respetar la decisión. ¿Recelaba al hallarse en la vivienda de un desconocido? ¿Hasta cuándo podía estirarse semejante situación? Ella permitió que Javier le curara la herida y le vendara el pie. A modo de agradecimiento, realizó parpadeos, mientras jadeaba. Adherida al porfiado mutismo, quizá movida por el miedo, se mantenía en cautela.

—Si no deseas hablar es asunto tuyo. Me llamo Javier Alcántara. Ni siquiera sé quién eres. No debes temer a este viejo solitario. Desde hace años vivo aquí y me dedico a tallar

objetos en madera. Ahora, ¿cómo saber dónde vives y hallar la manera de socorrerte? No dudo que, a esta hora, tu angustiada familia debe buscarte, sin siquiera sospechar que te encuentras aquí.

La mujer se cubrió el rostro con las manos abiertas y permaneció así durante un rato. A intervalos gemía. Se refugiaba en el mutismo, en la ausencia de palabras, que no siempre se encuentran disponibles para expresar un sentimiento. Esa realidad, no parecía acomodarla.

—De acuerdo. Acepto tu silencio. Durante la noche hablamos, cuando llegue la hora de cenar. Cuida esos moretones, el tobillo, y trata de moverte lo necesario. Con esta lluvia, vamos a permanecer aislados durante una semana.

Javier Alcántara se acordó de sus enseres de pesca, abandonados cerca del cañaveral. Cuando escampara, los iría a recoger. Disponía de alimentos para un mes y su cabaña, construida sobre una loma, sabía cómo resistir los embates de la naturaleza. Junto a la vivienda, la frondosidad de un quillay la protegía de las lluvias, del capricho del viento que soplaba desde todas las latitudes, empeñado en destruir el paisaje. Refugio de un hombre, acostumbrado a vivir la soledad.

Se dirigió a una pieza vecina, donde tallaba madera de alerce y de pino Oregón. Hacía fuentes, utensilios de cocina,

figuras humanas y estribos para las cabalgaduras. Disponía de una veintena de gubias, prensas y otras herramientas auxiliares, que le había regalado su padre, cuando observó la afición del joven a tallar.

En ese sitio, donde a veces se quedaba dormido, apoyado al banco de trabajo, podía observar a la mujer. Cada detalle de su rostro, donde no había velos, mejunjes ni máscaras, privilegiaba la armonía de sus facciones. Naturalidad expuesta a su búsqueda, no ajena a sorpresas. Ella con la cabeza hundida en la almohada, convertida en rebozo, quería recuperar el esquivo sueño. Entregada a la terquedad, al porfiado silencio del anonimato, al cual se aferraba, mantenía la mudez. Larga espera, acaso refugio del miedo a lo desconocido.

Javier miró la fecha en el calendario y a fines de la próxima semana, debería viajar a la feria artesanal de Carahue. Su amigo Luis Onfrey, en su vieja camioneta, artilugio que por momentos parecía que se iba a desintegrar, lo pasaba a recoger y ambos cumplían el ritual de siempre.

Ni siquiera los truenos, el pertinaz gemido del río y los relámpagos, que hacían gruñir a Tintín, perturbaban el sueño de la mujer. Dormía aferrada al silencio. Entregada a ese destino que desconocía.

Al observar Javier la hora en el reloj de péndulo de su taller, advirtió que se hacía tarde y llegaba la hora de cenar. Afuera, continuaba la borrasca convertida en odiosa transgresora. Ritual, donde bailaba el viento, el agua, mientras se enturbiaba la atmósfera y el cielo se teñía de noche.

Durante un momento se puso a mirar por la ventana, cómo llovía. Goterón tras goterón se desgarraban las nubes, convertidas en velamen de barco a la deriva. Siempre le extasiaba presenciar el prodigio de la naturaleza; y ahora, sentía una sensación perturbadora, como si su existencia fuese a cambiar. Bien podía ser torbellino y dar un vuelco, parecido a cuando decidió vivir en esa zona, mientras soñaba encontrar a quien lo acompañara.

La presencia de la extraña abría inadvertidos escenarios. ¿De dónde surgía? Acaso era de otro lugar y se había extraviado. Si no deseaba hablar, bien podía tratarse de quien busca la soledad como él y caía al río, debido a un descuido. ¿O todo era sueño a causa de su orfandad? Vivir una historia imaginada, un cuento infantil, de los tantos que escuchaba en su niñez.

Ni siquiera la extraña, tenía gargantilla o la sortija para identificarla. Estaba descalza. Bien podía haber caído al río de una embarcación, mientras dormía, pero la posibilidad se

desvanecía, si pensaba que, a la náufraga, tenían que haberla empezado a buscar.

—Te traje algo de cenar —le habló, mientras le aproximaba una bandeja de alerce, donde había un trozo de pan de avena, sopa de legumbres en un tazón; y en un plato de greda, pollo desmenuzado y puré de papas.

Ella puso la bandeja en su regazo, miró a su benefactor y mantuvo la porfiada mudez de quien recela. Hizo un gesto sutil de gratitud y se dispuso a comer. En su mirada, Javier advirtió que apetecía hablar, pero evitaba hacerlo. Masticaba en silencio, ajena a la prisa, aunque lo hacía con dificultad. De pronto se detenía y se dedicaba a escuchar el ruido de la lluvia, como si algo le evocara. Oía el relinchar de un caballo y lejanas voces, enturbiadas por el viento.

Javier armó una improvisada cama en el taller y se echó ahí, después de medianoche, al observar que la mujer dormía. Jadeaba, como si soñara con la muerte. Tintín prefirió acompañarla, al sentir que necesitaba de su presencia. Se instaló sobre un choapino mapuche, a los pies de la cama.

Cerca de la siete de la mañana, mientras persistía la oscuridad, Javier se levantó a preparar desayuno. Llovía a chuzos como el día anterior o aquella vez que temió que el río Imperial, creciera hasta perturbar los cimientos de su vivienda.

Cada invierno lo atosigaba el enmarañado clima, cuya pertinacia no cambiaba. En su obstinación, a menudo el vendaval desbarataba la techumbre de la cabaña y Javier debía reforzar la estructura.